



Piedad popular como desafío para los santuarios

Jorge Eddy Solórzano*

Sumario

El presente artículo pone el acento en la piedad popular en cuanto desafío para los santuarios. Reflexiona sobre los grandes desafíos de la piedad popular, haciendo énfasis en su dimensión catequizadora. Trata sus relaciones con la liturgia y presenta a los santuarios como signos de acogida y de solidaridad.

Palabras clave: *Piedad popular, santuarios, catequesis, liturgia.*

311

medellín 138 / Junio (2009)

* padrejorgeeddy@gmail.com



Sumário

O presente artigo põe o acento na piedade popular, enquanto desafio para os santuários. Reflete sobre os grandes desafios da piedade popular, dando ênfase em sua dimensão catequizadora. Trata de suas relações com a liturgia e apresenta os santuários como sinais de acolhida e de solidariedade.

Palavras chaves: *Piedade popular, Santuários, Catequese, Liturgia.*

1. Una nueva realidad

Al analizar la situación religiosa de nuestro Continente nos encontramos con una realidad muy compleja, marcada por los cambios acelerados en todos los ámbitos de la vida social. Aunque el ámbito religioso sigue teniendo su grado de importancia, en medio de la complejidad de esos cambios, el mismo puede llegar a ser un elemento ambiguo que poco clarifique el camino de crecimiento de las personas de cara al Misterio de Dios. Ya desde los primeros numerales los obispos reunidos en Aparecida señalan esa realidad como el hecho por el cual se nos interpela a ser discípulos y misioneros. El alcance global de estos cambios ha afectado a tal punto que hace necesario *“mirar la realidad con más humildad, sabiendo que ella es más grande y compleja que las simplificaciones con que solíamos verla en un pasado aún no demasiado lejano”*¹.

Si bien es cierto el factor religioso ha jugado un papel incuestionable en la configuración de las identidades de nuestros países, de frente al fenómeno de la globalización en todas sus ramificaciones, *“se percibe un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia Católica debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas expresiones pseudoreligiosas”*².

En los primeros numerales de Aparecida se hace un análisis de la realidad de nuestros pueblos; del mismo debemos plantearnos, cuáles

¹ Documento de Aparecida, 36.

² Discurso Inaugural de Su Santidad Benedicto XVI, 2.



son los desafíos de los santuarios y la religiosidad popular que se desarrolla en torno a ellos. De hecho no es posible hacer un análisis de los desafíos, si antes no logramos contextualizar en cada una de las realidades de nuestros países, las diversas características que nos señalan en esta V Conferencia General.

Lo primero que señalan es la influencia de la ciencia y tecnología que en medio de toda una estructura de redes de comunicación han influenciado nuestras culturas, llegando a crear una crisis de sentido ante la poca capacidad de las nuevas generaciones de reunir el conjunto de la diversidad y dar un significado que lleve a la persona a *“ejercer su libertad con discernimiento y responsabilidad”*³.

Y es que en realidad, lo anteriormente expuesto responde a un concepto dinámico de la cultura. Esta continua recomposición de la realidad implica nuestro mayor desafío pastoral, la valoración constante de lo que ocurre y la reflexión cristiana en cada espacio de la vida de nuestros pueblos.

1.1 Situación Sociocultural

Reconociendo la gran riqueza y variedad de las culturas latinoamericanas y considerando las dificultades señaladas sobre los elementos que permitan una síntesis que propicie generar un destino histórico común, la religiosidad popular, particularmente en las advocaciones marianas, ha sido motivo de unión de toda esa gran diversidad. La religiosidad popular es, en medio de nuestras culturas mestizas, toda una expresión de vida que se convierte en una verdadera liturgia, y nos va introduciendo en el misterio de nuestra salvación de forma sencilla y encarnada.

A pesar de lo anterior, no podemos negar que el tema de la indiferencia ha ido marcando un crecimiento, especialmente en los jóvenes, manifestado en la ausencia cada vez mayor de nuestras celebraciones, donde la vivencia, la interioridad no llegan a ser permeadas en lo más profundo. Esa indiferencia religiosa ha ido creciendo no como una estructura ideológica sino como un ambiente social

³ DA. 42.

□

y cultural. Las razones pueden ser muy diversas, pueden ir desde la ausencia de transmisión de la fe de parte de los padres, donde la familia se ha visto menos estable que en años anteriores; por falta de testimonio; el conflicto personal etc. Además, no podemos negar la gran influencia que los medios de comunicación ha ejercido sobre las nuevas generaciones. Una prueba de esto es que el sentido de las cosas ya no se da por el oído, sino por los ojos, por la visualización de imágenes incluso de música pop, rock y otros con sus videos, es el mundo de las sensaciones y emociones. Otro elemento a considerar es la invisibilidad de toda la cultura religiosa. Pareciera que se quisiera marcar la distinción de lo religioso como algo completamente ajeno al resto del mundo o dejándolo en el campo de la privacidad personal. Estar en el ámbito religioso es en muchos casos ser ignorado por la cultura secular.

Estos son solamente algunos aspectos de esta nueva sociedad, y en ella están inmersos nuestros santuarios con toda su riqueza de religiosidad popular. Por eso cualquier lectura que se quiera hacer sobre los retos no se puede realizar sin antes mirar atentamente los contextos donde se está desarrollando la fe de nuestros pueblos.

La inculturación del Evangelio se hace imperativa aquí; no concebida como la simple adaptación de principios y prácticas religiosas a los modos de expresión propios de una determinada cultura, sino como un proceso bidireccional en el que se da la transformación de los parámetros culturales de una determinada zona a partir del encuentro con los valores propios del Evangelio.

Aquí surge la necesidad de integrar el tema de la piedad popular dentro de un plan global de pastoral, desde la cultura donde la piedad popular sea acompañada; evaluada y orientada, en aquello que sea necesario por el evangelio, de tal manera que llegue a ser verdadero lugar de encuentro con Dios. De hecho estas expresiones de fe son la síntesis necesaria entre lo humano y lo divino, entre la persona y la comunidad. Aquí la fe es reconocida y celebrada junto a los hermanos.

“En el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, sigue siendo una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la



*historia y un canal de transmisión de fe. El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de piedad popular, invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador por el cual el pueblo cristiano se evangeliza a sí mismo y cumple la vocación misionera de la Iglesia*⁴.

Frente a esta realidad un santuario es, ante todo, un lugar al servicio de la fe. La experiencia vivida en ese lugar acompañada de toda la celebración no hace sino recordar el Evangelio de Cristo, que se manifiesta a todos en sus distintas experiencias vivenciales. Una lectura de los signos de los tiempos hoy debe dar sentido al presente. Así los santuarios son para muchos peregrinos lugares de donde se recupera la esperanza, la ilusión de vivir y luchar en la vida, y regresar con nuevas fuerzas.

No podemos negar que los santuarios son lugares donde muchas personas que no frecuentan habitualmente las iglesias se reúnen, pasan un momento solos, en grupos de amigos o parroquiales o en familias, con el deseo de buscar lo espiritual, una razón para vivir, buscar a Dios.

El santuario es un lugar privilegiado donde el Espíritu habla al corazón de las personas.

2. La Piedad Popular y los desafíos

Al mirar los santuarios hay en ellos varios elementos en el que hacer pastoral sumamente importantes que se perfilan como grandes desafíos de cara a ese encuentro con la religiosidad de nuestros pueblos. El primero de ellos el catequético y el segundo el celebrativo o litúrgico, por esa razón estos puntos nos hacen tener una lectura crítica *ad intra*, mientras que en el primer punto señalábamos factores *ad extra*. Otros elementos, como lo son el de la acogida y la solidaridad, son otros desafíos de las variadas formas a través de los cuales, por medio de equipos de trabajo pastoral puedan responder a las necesidades de quienes peregrinan a estos lugares. Aparecida nos ha invitado a redescubrir con corazón humilde las manifestaciones

⁴ DA. 264

de fe de nuestros pueblos. A aprender de ellas porque quienes más la viven son los pequeños, los que sufren. Esa es la fe de los pobres, que se sienten hijos, hermanos en el camino de la vida y que confían.

Es la manera de vivir la fe por parte de nuestro pueblo sencillo, que se manifiesta en diversas formas, nacidas en la cultura popular, de su vida o de su “genio” o manera de ser del pueblo. Estas formas pueden presentarse bajo diversas expresiones, gestos, imágenes, lugares, tiempos, reliquias, objetos sacros, peregrinaciones, procesiones, el presentar ofrendas, candelas, exvotos, hábitos, llevar medallas, etc. Todas ellas expresan sentimientos, vivencias religiosas, y el deseo de vivir cristianamente, aunque a veces corren el riesgo de cierta superstición.

El Papa Benedicto XVI, en su discurso inaugural en Aparecida, ya hablaba de la religiosidad del popular, como precioso tesoro de la Iglesia, a la que se debe promover, proteger y respetar, pues “*refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer*”⁵. Y dentro de sus manifestaciones, habla de la “*profunda devoción a la Santísima Virgen de Guadalupe, de Aparecida o de las diversas advocaciones nacionales o locales*”⁶. En cada una de nuestras realidades, podemos hablar del profundo cariño que profesamos a especialmente a la Madre del Señor en sus distintas advocaciones, así como la identificación particular “*con el Cristo sufriente, lo miran lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo: Este es el “que me amó y se entregó por mí” (Ga 2,20)*”⁷.

Podríamos afirmar que la reflexión teológica ha pasado por un proceso de crecimiento y Aparecida se centra en señalar los aspectos positivos de estas expresiones de fe popular y como a través de ellas se expresa la fe. La enseñanza de la Iglesia pone de manifiesto las actitudes interiores y algunas virtudes que la fe del pueblo tiene y practica. Por ejemplo, el sentido de la paciencia, de la resignación ante las situaciones irremediables⁸, el abandono confiado en Dios, la capacidad de sufrir y de percibir el sentido de la cruz en la vida

⁵ DA. 258.

⁶ DI

⁷ DA. 265.

⁸ Cfr. DP. 913



cotidiana⁹, el deseo sincero de agradar a Dios, de reparar por las ofensas cometidas contra Él, el hacer penitencia, el desapego de las cosas materiales, la solidaridad y la apertura a todos, el sentido de amistad, de caridad y de unión familiar¹⁰. En ella *se contiene y expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal*¹¹.

La religiosidad popular dirige de buen grado su atención al misterio del Hijo de Dios que, por amor a la humanidad, se ha hecho hombre, niño, hermano nuestro, que nace pobre en Belén, de una mujer sencilla y pobre como lo fue María y muestra, al mismo tiempo, una gran sensibilidad hacia la Pasión y Muerte del Señor.

Pero también ve algunas limitaciones y peligros. Por ejemplo, la desproporción en la valoración de los santos y su culto, en relación con la centralidad de la persona de Cristo, el escaso conocimiento, estudio y reflexión de la Biblia como palabra de Dios que ilumina y da sentido a la existencia, el distanciamiento de la vida sacramental de la Iglesia, o la rutina en la vivencia de los mismos, la tendencia a separar los momentos de devoción y sus expresiones del compromiso cristiano, el utilitarismo de algunas formas de piedad, la utilización excesiva de signos, gestos y fórmulas, que a veces adquieren demasiada importancia, hasta el punto de buscar lo espectacular, el riesgo que se corre de favorecer la entrada de las sectas y de conducir a la superstición, la magia, al fatalismo o la angustia¹².

No obstante, ve en ella una unión profunda y un atinado encuentro entre la obra evangelizadora de la Iglesia y la cultura. De allí que el Magisterio de la Iglesia ha expresado su gran estima por la religiosidad popular y sus manifestaciones; ha llamado la atención a los que la ignoran, la descuidan o la desprecian, para que tengan una actitud más positiva ante ella y consideren sus valores y no ha dudado en presentarla como un verdadero tesoro del Pueblo de Dios. Al respecto, Aparecida afirma lo siguiente:

⁹ Cfr. EN. 48.

¹⁰ Cfr. DP. 913

¹¹ DA. 263.

¹² Cfr. DP. 456.



La piedad popular es un imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda... (Esto se llama entre nosotros "catequesis", pues a ella le atañe la educación de la fe y su correspondiente crecimiento y madurez). Por eso, el discípulo misionero tiene que ser sensible a ella, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores innegables...

Cuando afirmamos que hay que evangelizarla o purificarla, no queremos decir que esté privada de riqueza evangélica. Simplemente, deseamos que todos los miembros del pueblo fiel, reconociendo el testimonio de María y también de los santos, traten de imitarles cada día más. Así procurarán un contacto más directo con la Biblia y una mayor participación en los sacramentos, llegarán a disfrutar de la celebración dominical de la Eucaristía y vivirán mejor todavía el servicio del amor solidario. Por este camino, se podrá aprovechar todavía más, el rico potencial de santidad y de justicia social que encierra la mística popular¹³.

Esta tarea es propia de la catequesis. Si se quiere, de una catequesis diversificada y especial, destinada al pueblo, que podría darse en las parroquias o facilitarse en nuestros santuarios, teniendo presente que requiere de una adecuación y aplicación específica, lógicamente, dentro de un plan de pastoral especial, gestado, nacido y experimentado en los santuarios.

2.1 La piedad popular, como elemento catequizador

En efecto, todos nosotros y nosotras hemos nacido y crecido en esta fe sencilla. En un primer momento en el contexto familiar y posteriormente en la vida de las comunidades. Nuestra primera catequesis fue impartida en la familia, en brazos de nuestras madres, pues no siempre los padres lo hicieron. Allí aprendimos a rezar, a conocer a Dios, a vivir la fe, en la casa había momentos especiales para la oración con el santo Rosario de la Virgen María, se tenía la devoción a un santo, o se le invocaba. Era común en la familia el rezo del rosario, los novenarios, las celebraciones relacionadas con la primera comunión de los niños, el matrimonio de los hijos y el funeral de algún miembro de la familia.

¹³ DA. 262.



La comunidad, por su parte, es el lugar de celebraciones: la fiesta del santo patrono o patrona, la devoción a algunos santos especiales (como san Isidro Labrador o san Francisco de Asís, por ejemplo). En el día del santo patrono se asiste a la misa solemne, hay fiesta en el pueblo, casi siempre con alguna novena preparatoria antes. Destacaban el mes de mayo, el mes de la Virgen, lo mismo el de octubre para la Virgen del Rosario, la Virgen del Carmen para los pescadores. Las fiestas del Corpus Christi o del Corazón de Jesús, son tenidas en gran estima por la familia y por el pueblo (los primeros viernes); lo mismo la Navidad y la Semana Santa, en las que se celebra el nacimiento de Jesús, así como su pasión y su muerte.

Y naturalmente, ¿quién de nosotros, alguna o varias veces, no ha hecho o visto una romería o peregrinación hacia un santuario? Pues, como afirma Aparecida: *...en la piedad popular... muchos recurren a algún pequeño signo del amor de Dios: un crucifijo, un rosario, una vela que se enciende para acompañar a un hijo en su enfermedad, un Padrenuestro musitado entre lágrimas, una mirada entrañable a una querida imagen de María una sonrisa dirigida al Cielo, en medio de una sencilla alegría*¹⁴, allá en ese lugar sagrado, contemplando el cuadro o la imagen...

Podemos decir que estas celebraciones y estas vivencias de la fe sencilla de nuestro pueblo, han sido “catequesis” elementales, impartidas por nuestros padres, los sacerdotes y los catequistas, en especial, por las mujeres y nuestras madres. De algún modo a todos se nos preparaba para celebrar la fe, en todas estas manifestaciones tan queridas y sentidas de nuestros pueblos.

En gran parte, todo esto suena a pasado, pues aunque muchas de estas formas de religiosidad se mantienen vivas, en algunos lugares ya van desapareciendo poco a poco, para dar paso a otras expresiones, por ejemplo, en las ciudades, donde existen nuevas corrientes o movimientos religiosos o pseudo-religiosos, como la Nueva Era, grupos de meditación oriental, movimientos filosóficos y demás. O simplemente, ya no hay nada...

¹⁴ DA. 261.



Los pueblos rurales fueron fermento de esta fe sencilla. Bastaba asistir a las fechas religiosas importantes, por citar algún momento, cuando estos pueblos eran más provincianos y campesinos que ahora, pero que han sido transformados por el ambiente urbano o semi-urbano en que se han convertido, en una mezcla compleja de ciudad y de pueblo.

Podemos afirmar que es en la familia, donde ha nacido y se ha gestado la fe sencilla de nuestro pueblo, y que, además, es un elemento catequizador. Los catequistas han sido los padres con respecto a sus hijos, los abuelos con sus nietos, los tíos, hermanos, parientes..., que con sus prácticas, pusieron los rudimentos de la fe a todos los de la casa. Era toda una catequesis familiar, en torno al altar de la sala del hogar, basada en la oración, hecha de manera informal. La vida de Jesús, de María y de los santos, los comportamientos morales cristianos, la obediencia a los mandamientos y la práctica de las virtudes cristianas, eran las bases de esta fe sencilla, que se aprendía en la catequesis familiar, complementada luego en la parroquia o comunidad cristiana.

Las fiestas y las reuniones del pueblo eran catequizadoras. Celebrando a su Santo Patrono, en la bendición de los animales y las semillas en la fiesta de san Isidro Labrador, por ejemplo, tenemos elementos catequizadores. La bendición de una casa o un local, el funeral o novenario de un difunto, las peregrinaciones y romerías, la danza, las celebraciones incluso deportivas, cívicas y todas las reuniones donde el pueblo expresa sus convicciones religiosas, son elementos de catequesis muy concreta, porque incluyen gestos, palabras, ritos o ceremonias en donde la fe tiene mucho que decirle a todos...

En algunos lugares, la gente expresa su fe popular asociándose a grupos, como cofradías, hermandades o asociaciones. Es común hoy día que vayan surgiendo nuevos grupos de oración, algunos de oración bíblica, otros con énfasis en la sanación y en los dones del Espíritu Santo; otros que se reúnen en pequeñas comunidades (CEBs), que podemos decir son un potencial catequizador, en relación con sus miembros, parientes, vecinos, simpatizantes y asistentes ocasionales.

Era común, y corriente en nuestras comunidades, la presencia de la rezadoras y rezadores, los novenarios y las fiestas del Santo Patrono.



Eran evangelizadores y, aunque no los podamos llamar catequistas, lo eran a su modo. Catequizaban con su carisma de oración en las familias, reunían a la gente, como verdaderos animadores y consejeros del pueblo. En especial, las mujeres, con su capacidad de convocar a la gente y de transmitir la fe, han sido las “catequistas” de nuestros pueblos, y en diversos sectores de nuestras parroquias, se han hecho sentir en su trabajo.

Con todo esto, lo que descubrimos es que la fe popular tiene un gran énfasis catequético, en el sentido en que ha contribuido a la catequesis y la evangelización de la Iglesia. Ha guiado a las personas al encuentro con Dios y con Jesucristo, a celebrar su presencia en los sacramentos, a identificarse con la Iglesia, a sentirse Iglesia de alguna manera, pues tiene el poder de convocar, enseñar, conducir y celebrar la fe, aunque no sea, por el momento, toda una catequesis estructurada o sistemática, que conlleve procesos de maduración de la fe.

Podemos afirmar que la piedad popular es todo un medio de catequesis, presente en el pueblo, en sus diversas manifestaciones, celebraciones, ritos, imágenes, cultura, música, canto y fiestas, elementos que en sí mismos son pedagógicos y mistagógicos, pues llegan a la mente y el corazón de todos los creyentes, y de alguna forma los conducen a la fe.

Ya lo afirma Aparecida: *las fiestas patronales, las novenas, los rosarios y vía crucis, las procesiones, las danzas y los cánticos del folclore religioso, el cariño a los santos y a los ángeles, las promesas, las oraciones en familia. Destacamos las peregrinaciones, donde se puede reconocer al Pueblo de Dios en camino, pues allí el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso, en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera*¹⁵.

Tomando en consideración esta riqueza catequizadora a lo largo de los años en nuestras familias y comunidades los santuarios son un lugar privilegiado de la fe de nuestro pueblos, que son como focos y centros donde se da esa apertura a la gracia de Dios. Es el lugar donde el Espíritu habla a través del mensaje y de los signos, el

¹⁵ DA. 259.



lugar privilegiado de la vida sacramental, el lugar donde la palabra encuentra un profundo eco en sus corazones; el lugar del encuentro con el Dios vivo que llega a los que más sufren. Por esta razón cuando se celebra, se anuncia y proclama la Palabra nos encontramos con Cristo para ser Discípulos y misioneros.

La catequesis en estos lugares no pretenden suplir la labor de acompañamiento y crecimiento de la fe que deben propiciar las parroquias, aunque hay santuarios que son también comunidades parroquiales y tienen estructurada esta área pastoral, sino que pensando en los peregrinos venidos de muchos otros lugares, encuentren el mensaje que dé esperanza a sus realidades personales y comunitarias.

La configuración de equipos de trabajo para la atención de los peregrinos son clave para responder a sus necesidades. Esto pone de manifiesto la necesidad de generar una estrecha relación en cada signo que se viva y se prepare. Pensemos en la íntima relación de la liturgia y la palabra, es un espacio donde las moniciones, los textos y lógicamente las homilías, deben ser una respuesta a las necesidades de las gentes así como Jesús tuvo compasión hacia ellas. Para que esto se pueda dar requiere una actitud donde se pueda leer el rostro de nuestras gentes, sus vidas, sufrimientos, palabras, sus gestos para poder propiciar en ellos el lugar santo del Encuentro y a su vez ser enviados como discípulos y misioneros.

Pautas para la catequesis

En este sentido, nuestros obispos en el Documento de Puebla afirman que la religión del pueblo debe *ser evangelizada siempre de nuevo. En América Latina, después de 500 años de la predicación del Evangelio y del bautismo generalizado de sus habitantes, esta evangelización ha de apelar a la "memoria cristiana de nuestros pueblos". Será una labor de pedagogía pastoral, en la que el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio. Esto implica en la práctica, reanudar un diálogo pedagógico, a partir de los últimos eslabones que los evangelizadores de antaño dejaron en el corazón de nuestros pueblos. Para ello se requiere conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo, con el fin de*



*lograr, en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva mediante un proceso de reinformación catequética*¹⁶.

De allí la necesidad de que la catequesis, aprovechando el conjunto de valores que tiene la fe popular, y pese a sus limitaciones o defectos, catequice la religiosidad popular y la ponga en contacto con la palabra del Evangelio para que sea fecunda, como afirma Aparecida. Esto logrará, poco a poco, liberarla progresivamente de sus defectos, purificarla y consolidarla, haciendo que lo ambiguo se aclare, en especial, en lo referente a los contenidos de fe, esperanza y caridad.

En esta labor catequizadora, el sentido pastoral invita a los pastores y a los catequistas a actuar con gran prudencia, con mucha paciencia, incluso con cierta tolerancia, inspirándose en la metodología que ha seguido la Iglesia a lo largo de la historia, para hacer frente a los problemas de inculturación de la fe cristiana, de la catequesis y de la liturgia, o de las cuestiones de las devociones populares.

En este sentido, el Papa Juan Pablo II, de feliz memoria, en la Carta Encíclica “La catequesis de nuestro tiempo”, afirma al respecto:

Otra cuestión de método concierne a la valorización, mediante la enseñanza catequética, de los elementos válidos de la piedad popular. Pienso en las devociones que en ciertas regiones practica el pueblo fiel, con un fervor y una rectitud de intención conmovedores, aun cuando en muchos aspectos haya que purificar, o incluso rectificar, la fe en que se apoyan. Pienso en ciertas oraciones fáciles de entender y que tantas gentes sencillas gustan de repetir. Pienso en ciertos actos de piedad, practicados con deseo sincero de hacer penitencia o de agradar al Señor...

...En la mayor parte de esas oraciones o de esas prácticas, junto a elementos que se han de eliminar, hay otros que, bien utilizados, podrían servir muy bien para avanzar en el conocimiento de Cristo o de su mensaje: el amor y la misericordia de Dios, la encarnación de Cristo, su cruz redentora y su resurrección, la acción del Espíritu en

¹⁶ DP. 458

*cada cristiano y en la Iglesia, el misterio del más allá, la práctica de las virtudes evangélicas, la presencia del cristiano en el mundo, etc*¹⁷.

Hacia donde encausar la piedad popular

En la conclusión del documento de Aparecida, se nos enfatiza que *“¡Necesitamos un nuevo Pentecostés! ¡Necesitamos salir al encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo, que ha llenado nuestras vidas de “sentido”, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, sino urge acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte*¹⁸. Por lo tanto, desde los santuarios, se puede potenciar un acercamiento de los valores del evangelio y de los valores de la cultura, a la realidad de nuestros pueblos, la piedad popular es una forma efectiva de evangelizar, es un lenguaje cercano que llega a todos y es comprendido por todos, es sin duda alguna una voz que clama en el desierto para decirnos en verdad que el Amor es más fuerte y que mediante las expresiones comunitarias de la fe, podemos crecer juntos en fidelidad a Jesús, como Camino, Verdad y Vida. El discipulado se construye desde la vida y para la vida.

De igual manera el documento de Aparecida señala cuan necesario es *fortalecer la fe “para afrontar serios retos, pues están en juego el desarrollo armónico de la sociedad y la identidad católica de sus pueblos”*¹⁹. No se puede entonces, dar nada por supuesto y descontado. Todos los bautizados estamos llamados a *“recomenzar desde Cristo”*, a reconocer y seguir su presencia con la misma realidad y novedad. De tal manera que la piedad popular, sobresale nuevamente como una expresión de búsqueda de Cristo, por ello el potenciar estas expresiones, el enriquecerlas y fortalecerlas desde los valores del Evangelio, constituye un reto y una necesidad en cada uno de nuestros países latinoamericanos, esta es una riqueza que no se puede aminorar, todo lo contrario, es una fuerza que se debe potenciar.

¹⁷ CT. 54

¹⁸ DA 548

¹⁹ DI 1



El anuncio del evangelio, debe ser “ *un anuncio misionero que tiene que pasar de persona a persona, de casa en casa, de comunidad a comunidad*”²⁰, por ello la piedad popular constituye un vehículo eficaz, un medio dinámico y una fuerza evangelizadora que llega a todas las comunidades y toca todas las realidades de vida eclesial latinoamericana, por lo tanto, el vivirla con renovado dinamismo y con una conciencia clara de su valor y de sus capacidad de impacto, hace que cada expresión y devoción sea un momento de gracia para quienes buscan a Cristo con un deseo ferviente de fidelidad y de entrega a su proyecto de vida.

Para ser discípulos y misioneros encarnados en la realidad latinoamericana, es necesario abrirnos a la experiencia religiosa de nuestros pueblos y renovarnos a través de las expresiones de los mismos; la piedad popular es un verdadero legado de amor y de esperanza.

Pautas para la catequesis

En este sentido, nuestros obispos en el Documento de Puebla afirman que la religión del pueblo debe ser *evangelizada siempre de nuevo. En América Latina, después de 500 años de la predicación del Evangelio y del bautismo generalizado de sus habitantes, esta evangelización ha de apelar a la “memoria cristiana de nuestros pueblos”. Será una labor de pedagogía pastoral, en la que el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio. Esto implica en la práctica, reanudar un diálogo pedagógico, a partir de los últimos eslabones que los evangelizadores de antaño dejaron en el corazón de nuestros pueblos. Para ello se requiere conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo, con el fin de lograr, en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva mediante un proceso de reinformación catequética*²¹.

De allí la necesidad de que la catequesis, aprovechando el conjunto de valores que tiene la fe popular, y pese a sus limitaciones o defectos, catequice la religiosidad popular y la ponga en contacto con la palabra del Evangelio para que sea fecunda, como afirma

²⁰ DA 550

²¹ DP. 458

Aparecida. Esto lograré, poco a poco, liberarla progresivamente de sus defectos, purificarla y consolidarla, haciendo que lo ambiguo se aclare, en especial, en lo referente a los contenidos de fe, esperanza y caridad.

En esta labor catequizadora, el sentido pastoral invita a los pastores y a los catequistas a actuar con gran prudencia, con mucha paciencia, incluso con cierta tolerancia, inspirándose en la metodología que ha seguido la Iglesia a lo largo de la historia, para hacer frente a los problemas de inculturación de la fe cristiana, de la catequesis y de la liturgia, o de las cuestiones de las devociones populares.

3. Piedad popular y Liturgia

Lo primero que tenemos que decir es que una liturgia no puede ser entendida si antes no hemos entendido al pueblo que celebra. De hecho en los Santuarios en su gran mayoría celebran quienes han peregrinado y se han hecho conocer como pueblo de Dios. Al llegar se celebra el gozo de sentirse caminando junto a otros hermanos y se hace por medio de muchos signos festivos. La religiosidad popular expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios, es la experiencia del amor de Dios y no del simple estudio o de un conocimiento teórico.

Al hablar de la evangelización de la cultura en general y muy particularmente de evangelizar la religiosidad popular es importante recordar que ya el Concilio Vaticano II había hablado de la Liturgia como norma suprema a la cual la piedad popular debe someterse. Es decir, la religiosidad popular no debe contener elemento alguno que contradiga los fundamentos de la Liturgia; y aunque haya cierta diversidad entre las formas de expresión propias de uno y otro ámbito, es muy importante hacer que la piedad popular armonice con el espíritu que se vive en la Liturgia.

Siendo la liturgia un espacio en el que se construye y aprende la eclesialidad, las manifestaciones de religiosidad popular tendrían que ser una clara ayuda en este sentido: no deben propiciar de ninguna manera ningún tipo de sentimiento que sea contrario a la fe o al sentir de la Iglesia. Por eso, la piedad popular debe evitar alimentarse



de las diversas manifestaciones propias del mundo protestante y sus derivaciones pentecostales. No sólo para suprimir cualquier infiltración de doctrina dañina, sino también para evitar familiaridades mal encausadas y acrílicas, con las cuales los fieles podrían correr el riesgo de una cierta predisposición hacia estas falsas verdades.

Al contrario de esto, la religiosidad popular debe enseñar a los fieles a vivir al ritmo de la Iglesia, siendo capaz de encontrar las expresiones que sean más acordes a la faceta del Misterio de Cristo que pueda estarse meditando en un determinado momento: la piedad popular debe seguir el ritmo según la lógica del año litúrgico, pero no por ello llegar al menosprecio, al que en otros momentos se ha caído, cuando nuestras gentes sencillas no han sido catequizadas. *“No son dos mundos separados. La misma tradición litúrgica de la Iglesia tiene muchas expresiones cuyas raíces brotan de la tradición popular, y la historia de la liturgia la experiencia de unidad en los primeros siglos”*²²

La liturgia es un culto de alabanza al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo; la Virgen María y los santos tienen su lugar bien definido, nunca confundido con el que le corresponde a Dios. En la religiosidad popular es igualmente importante evitar cualquier tipo de confusión en este sentido. La imagen de María y de los santos, tan importantes para la Iglesia, nunca deben ocupar el papel que sólo le corresponde al Señor; y esto debe de cuidarse hasta en los más pequeños detalles a través de los cuales se expresa la piedad popular.

En una adecuada comprensión de la liturgia, se supera completamente el sentido mágico de manipulación de Dios según el cual la persona determinaría el actuar del Señor gracias a la observancia de una serie de gestos, palabras y requisitos. De manera análoga, la religiosidad popular debe alejarse de cualquier forma que pueda dar pie a una comprensión mágica de la religión. El tema de los milagros requiere -en ese sentido- un tratamiento cuidadoso y de gran espíritu crítico; sobre todo para garantizar que, aun cuando se esté en presencia de verdaderos hechos taumatúrgicos, la fe nunca tenga esos hechos maravillosos como asidero.

²² Ordenes Marcos A, *Piedad Popular, A la luz de Aparecida*, CELAM 2008 p.46



Teniendo en consideración lo anterior, tendríamos que decir, además, que la piedad popular es un testimonio de la fe de la gente sencilla de corazón, expresada de forma directa y expresando su fe sin pretender abarcar todo su contenido. Todas estas manifestaciones se hacen sensibles, corporales, y visibles y evidencian el deseo interior de los fieles de expresar su pertenencia a Cristo. Por tanto, la liturgia no elimina las demás formas legítimas de expresión de la fe en Cristo. Al mirar las expresiones auténticas de piedad popular estas están íntimamente unidas a los misterios de fe cristiana, incluso existiendo elementos exteriores. En todo caso, es de suma importancia el poder ayudar a los peregrinos en sus expresiones de piedad popular a que vuelvan a descubrir la unión de creer y vivir en Cristo.

Sería un gran error pretender que la piedad popular sea el centro del misterio, más bien debemos afirmar que tiene como quehacer abrir el corazón, disponer el espíritu a recibir la gracia divina de una manera más plena en la celebración litúrgica del misterio de Cristo.

4. Signos de acogida en los Santuarios

Antes de interiorizar en estos signos es necesario conceptualizar el término acogida, no solamente como un concepto frío sino como una experiencia de vida. Partiendo de la misma antropología, se reconoce la importancia de que el ser humano sea acogido por la madre en el vientre, no sólo biológicamente sino afectivamente, de igual manera es trascendental la acogida que le brinden la familia en el hogar, los maestros en la escuela, los compañeros en su ámbito de estudio o de trabajo, se puede afirmar entonces que la vida humana es una secuencia de experiencias de acogida, que cuando se ven violentadas o relegadas, traen heridas que lesionan al ser humano en su interioridad más profunda.

De igual manera si se acude a la Sagrada Escritura como fuente de las fuentes, se puede encontrar diferentes pasajes bíblicos donde Dios mismo se presenta como un Dios que acoge al ser humano en toda su integralidad, mucho más si se toma como referencia el Nuevo Testamento; específicamente en los Evangelios se contempla un Dios hecho Hombre que se acercó a los seres humanos para acogerlos y dignificarlos en su valor más intrínseco: Ser Hijos de Dios. De tal



manera la persona misma de Jesús nos enseña la importancia de acoger al otro como un don del Padre; solamente con repasar cada uno de los milagros de Jesús, sus predicaciones y sus parábolas, se descubre un itinerario de acogida, de respeto y de lectura de las necesidades de quienes se acercan a Él, buscando sentirse reconocidos, aceptados y valorados por Aquel que es signo de la presencia de Dios en medio del pueblo. Por ejemplo en la multiplicación de los panes (Cfr. Marcos 8,1-10) Jesús nos da una lección de cómo interpretar las necesidades y las carencias de los otros, con el fin de acogerlos y dar una respuesta a su realidad, pues Jesús expresa “ *me da lástima esta gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen nada qué comer*” (v.2) , reconoce en primer lugar la fidelidad del pueblo, pues han estado con El, han hecho experiencia de vida junto a Él, le siguen porque una atracción divina los conduce y sin duda alguna porque sus palabras han tocado sus vidas, sus realidades y sus necesidades; no han estado ahí como espectadores sino como protagonistas, se han dejado seducir por las palabras de acogida del maestro y por sus gestos de bondad y de ternura, pues Jesús siempre que se acercó a una persona, dejó huella indeleble en su vidas.

Un aspecto de gran relevancia en Jesús, es que no solamente acogió a los que se acercaron a Él, sino salió al encuentro de las necesidades de sus hermanos, para convertirse en un signo de paz y de verdad, en muchos momentos los evangelios citan que “*Jesús partió de allí y se fue a la otra orilla*” (Mateo 15,29), es decir se acerca a las personas para hacerles vivir una experiencia de Dios que transformará sus vidas, venciendo incluso prejuicios de la sociedad o de sus mismos seguidores, tal es el caso de la curación de dos ciegos al salir de Jericó (Cfr.Mateo 20, 29-34), los cuales gritaban pidiendo su ayuda y la gente que seguía a Jesús les callaba, pero Él “ se detuvo, los llamó y les preguntó: ¿qué queréis que haga por vosotros?, el detenerse es acoger al hermano, llamarlo es darle su lugar, es decir reconocerlo como persona y preguntarle por sus necesidades es valorar su realidad y comprometerse en la superación de su limitación.

Jesús es maestro de acogida, por lo tanto al pensar en los Santuarios como lugares de acogida, es necesario acudir a Él, para descubrir cómo tratar al hermano, cómo servirle y cómo valorarle. No cabe la menor duda que la expresión comunitaria de la fe enri-

quece a la Iglesia, es su fuerza y da solidez a toda espiritualidad; ser creyente y ser comunidad son realidades que están concatenadas, sin posibilidad de dividir las, de ahí que cuando un Santuario se convierte en lugar de encuentro y de expresión de la religiosidad de un pueblo o de una comunidad, debe por lo tanto propiciar todos los medios para que las personas se sientan acogidas por Dios y por los hermanos.

¿Cómo concretizar los signos de acogida en una Pastoral de Santuario?. Este reto supone la organización de equipos de servidores que utilizando los signos propios de la liturgia, puedan hacer de cada celebración una fiesta de fraternidad, es así como la eucaristía, la confesión, la visita al santísimo o la oración mariana deben tener como base un contacto humano, una acogida fraterna, es decir una relación interpersonal que evidencie cómo actúa Dios a través de sus discípulos y misioneros.

De tal manera que un Santuario debe tener un área específica que potencie los signos de acogida, que se sensibilice ante las necesidades de quienes llegan a este lugar en búsqueda de una esperanza que aliente sus vidas, por lo tanto la organización pastoral debe tener en cuenta que cada persona es un don de Dios, por lo tanto si se trata de la liturgia eucarística debe potenciarse al máximo en ella la acogida al hermano, en el saludo afectuoso, en las moniciones, en la interrelación como comunidad eucarística, en el abrazo y saludo fraterno de la paz, en el hecho de contar con personas que reciban en el templo a los peregrinos, les den la bienvenida y les reconozcan su esfuerzo y sacrificio por llegar hasta el Santuario, de igual manera el despedirles tanto el sacerdote como los ministros de acogida; la idea es que cada persona que llegue al Santuario salga renovada no sólo a nivel espiritual sino también en su dimensión humana, sintiéndose valorado, reconocido y acogido.

Otro aspecto de gran importancia es la estética, la decoración, la ambientación que se encuentra en el Santuario; elementos ciertamente externos, pero que deben acondicionarse o disponerse de manera que en sí mismo el Santuario sea un lugar que invite a “quedarse”, que sensibilice a la oración, que hable externamente de realidades espirituales que se anhelan al culminar una peregrinación.



En síntesis la acogida es más que un saludo, es una actitud de vida, es una expresión de espiritualidad, es una opción por Jesús mismo que está vivo en cada una de las personas que acuden a un Santuario en búsqueda de fortaleza interior, es ante todo una relación que se establece entre los creyentes y que parte de signos externos, realidades humanas o gestos espontáneos, que el mismo Jesús exaltó en su relación con los demás y que por lo tanto es compromiso de todos el hacerlos realidad en nuestro mundo de hoy y no cabe la menor duda que los Santuarios son lugares privilegiados donde se puede hacer experiencia de acogida y de fraternidad.

5. Signos de solidaridad en los santuarios

La solidaridad se ha entendido erróneamente como un simple “dar”; muchos coinciden en la idea de que con esto se ha mutilado la solidaridad de su esencia misma, pues más que dar es un “darse”, no puede concebirse desde la perspectiva cristiana un Santuario que no sea signo elocuente de solidaridad, pues si acudimos al fundamento cristológico de los mismos, nos encontramos un Jesús totalmente comprometido con la dignificación del ser humano, entregado por completo a la ayuda de los más necesitados, no sólo a nivel material, sino espiritual y afectivamente.

Son muchos los momentos en los cuales Jesús reconoce las necesidades de quienes se acercan a él, por ejemplo en Marcos 10, 46-52, el ciego Bartimeo grita suplicándole a Jesús que se acerque a él y la pregunta es clara: ¿Qué quieres que haga por ti?; recibe no solamente una sanación física sino espiritual, emprende un camino de seguimiento que toca su vida y le hace discípulo; queda en evidencia que más allá de lo externo, Jesús lee las necesidades interiores de quienes se acercan a él en busca de ayuda.

Al enfatizar la misión de un Santuario, es evidente que éstos deben ser lugares de solidaridad, es decir espacios donde las personas sientan que al llegar ahí pueden depositar en manos de Dios todas sus necesidades con la confianza plena de que Dios mismo atiende a sus súplicas. Es importante recordar que un alto porcentaje de las personas que acuden a los Santuarios son gente humilde, sencilla y sufriente que añora una vida mejor, que desea liberarse de ataduras

como la enfermedad, el desempleo, el hambre o la pobreza y que encuentran en la expresión comunitaria de la fe un medio de fortalecimiento espiritual, por lo tanto qué importante es que un Santuario se comprometa en realidad con la labor social, de tal manera que la pastoral del santuario contemple una dimensión solidaria que vaya más allá de un asistencialismo y realmente se convierta en un espacio de comunión y de compromiso con el dolor y las necesidades del hermano.

De igual manera surge la pregunta ¿Cómo concretizar esto en la realidad pastoral de un Santuario? No cabe la menor duda de que en esta área específica serían dos las vertientes a trabajar, en primer lugar las acciones en la cotidianidad del santuario, donde desde la oración, del ambiente de acogida y de la vivencia litúrgica el pobre se sienta, reconocido y valorado, propiciando espacios de encuentro con un Dios Solidario que acoge el dolor y lo dignifica como ser humano; de ésta forma los equipos de trabajo pastoral del santuario deben ser especialistas en la vivencia de la fraternidad y de la acogida del pobre y necesitado, teniendo presente que en ellos el dolor del Cristo Crucificado se prolonga y por lo tanto merece de nuestra parte un compromiso firme al pie de la Cruz, como María, Juan o el Cirineo. En segundo lugar debe existir una organización específica de la pastoral social del santuario, de manera que de forma sistematizada este se convierta en un lugar privilegiado de Caridad y de compromiso social, abriendo espacios donde la comunidad pueda poner en común sus bienes, no sólo materiales, sino espirituales, humanos y profesionales. Cuán importante es recordar el imperativo del Apóstol Santiago “¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? (Santiago 2, 14).